1 · 02:13

En la fotografía se veía el asa de mi taza sobre la encimera, separada del cuerpo azul por cuatro centímetros de fórmica. La había roto hacía menos de un minuto. Yo seguía sujetando el paño con el que acababa de recoger el té cuando el teléfono vibró junto al fregadero.

No reconocí la cocina de inmediato. El ángulo, desde arriba y a mi espalda, convertía la mesa en un trapecio estrecho. Vi mi nuca, la costura blanca del pijama, un pie descalzo junto al cubo. Amplié la imagen con dos dedos. El asa estaba allí. También la esquina amarilla del paño que acababa de tender sobre el borde del fregadero.

El mensaje había llegado a Hiedra 18 · Vecinos a las dos y trece. Lo había enviado Nerea Salas, desaparecida desde hacía seis semanas.

Apoyé el teléfono boca abajo. Al otro lado de la pared, el frigorífico hizo un golpe seco al detenerse. Me quedé mirando la puerta de la cocina. Podía ver el tramo de pasillo hasta el baño; el resto quedaba oscuro. Había cerrado la puerta de entrada con dos vueltas al regresar de comprar pan. Recordaba el roce del paraguas contra la cerradura. No recordaba haber echado el pestillo.

Llamé al 112 sin recoger el asa.

—Hay alguien en mi casa —dije, y corregí antes de que la mujer terminara de preguntarme la dirección—. Creo. Me han enviado una foto mía, de ahora. Desde dentro de la cocina.

Me pidió la dirección, mi nombre y un número de teléfono. Hablé demasiado deprisa al deletrear el pasaje. Cuando me preguntó si veía u oía a alguien, bajé la vista hacia la imagen otra vez, como si el intruso pudiera aparecer al ampliarla.

—No. No he mirado las habitaciones.

—No vaya a comprobarlo. ¿Puede salir sin pasar por una zona que no vea?

Desde la cocina hasta la entrada había cinco pasos y el hueco de la puerta del baño. La habitación estaba al fondo. Le expliqué la distribución a aquella voz con la precisión con la que describía piezas para los catálogos: puerta a la derecha, ángulo ciego a la izquierda, menos de un metro de ancho. Ella me hizo repetir que no había nadie más conmigo.

Cogí las llaves del cuenco de la mesa. Se me engancharon en el asa de una bolsa de tela y tuve que sujetarla entre las rodillas para soltarlas. No cogí zapatos. La voz continuaba al oído. Abrí la puerta de entrada, salí al rellano y tiré hasta escuchar el resbalón. El aire olía a caldo recalentado y a la pintura vieja del ascensor.

—Ya estoy fuera.

—Manténgase en un lugar seguro. La policía va en camino.

Me senté en el escalón que subía al tercero, a una distancia desde la que podía ver mi puerta. Tenía el paño en la mano. Lo dejé a mi lado y después lo recogí: no sabía dónde apoyarlo sin dejar mojada la piedra. La mujer me preguntó si alguien más tenía llave. Dije la propietaria. Dije que habían hecho obras meses atrás. No dije todavía el nombre de Nerea. Me parecía imposible explicarlo sin que todo lo demás dejara de ser creíble.

Llegó un mensaje de Dani.

02:15 · Dani

¿Esto qué es?

Después apareció el aviso de que Paula estaba escribiendo y desapareció. Abrí la fotografía una vez más. Bajo mi nuca se distinguía un mechón que había recogido con una pinza de la ropa mientras acababa una lámina. Mi teléfono estaba sobre la mesa, iluminado. La foto me contenía antes de recibirla. Sentí el impulso absurdo de taparme el cuello con la mano.

Hice una captura de toda la conversación. A continuación guardé la imagen que había recibido. Me equivocaba al tocar los botones y el teléfono me ofreció enviarla; volví atrás. La operadora me pidió que continuara con ella. Le expliqué que había salido en un grupo, no en un mensaje privado, y que quien figuraba como remitente estaba desaparecida. Su tono no cambió. Me preguntó si la desaparición se había denunciado. Dije que sí, que había venido la policía al edificio, que yo había hablado con ellos.

—Dígales eso también a los agentes cuando lleguen.

La puerta del primero se abrió. Oí a Vera preguntar quién estaba haciendo ruido y después su voz, más cerca, hablando por teléfono. No podía verla desde mi escalón. Me entró una llamada suya. La rechacé para seguir escuchando a la operadora.

02:17 · Vera

Lucía, coge el teléfono. No mandéis nada más.

02:17 · Paula

¿Estás bien? Voy a subir.

Escribí con una mano: Estoy fuera. He llamado a la policía. Tardé dos intentos en enviarlo porque tenía agua en la pantalla. Pensé en añadir que nadie entrara en mi piso, pero me quedé mirando la palabra policía. Era lo único que había hecho que pudiera considerar terminado.

Vera apareció en el descanso inferior con una chaqueta sobre el camisón. Miró mis pies antes que mi cara.

—¿Qué ha pasado?

Le mostré la pantalla desde lejos. Subió dos peldaños, alargó el brazo y lo volvió a bajar cuando oyó que yo seguía hablando con alguien.

—Si es una broma, es de muy mal gusto. Esa chica perdió el móvil hace tiempo, a saber quién lo tiene.

No sabía que Nerea lo hubiera perdido. Quise preguntarle cómo lo sabía Vera, pero la operadora necesitaba confirmar en qué planta estaba. Repetí segundo B. Vera oyó la dirección entera y se cerró la chaqueta sobre el pecho.

—¿Has llamado a emergencias por una foto?

—Estoy saliendo yo. Acabo de romper esa taza.

Vera miró mi puerta. Durante unos segundos dejó de moverse. Después comenzó a tocar su pantalla con el pulgar.

La fotografía desapareció del grupo. En su lugar quedó el aviso de que se había eliminado un mensaje. Yo aún la tenía abierta en la galería. Fui de una pantalla a otra para comprobarlo y casi corté la llamada.

—La has quitado —dije.

—Sale tu casa. La está viendo todo el mundo.

—La policía tiene que verla.

—Pues se la enseñas tú. No tiene por qué seguir circulando.

Paula subió con unas zapatillas en la mano. Llevaba el uniforme del hospital debajo de una sudadera y tenía el pelo aplastado de un lado. Había llegado de su turno poco antes. Me puso las zapatillas delante sin interrumpirme y se quedó entre Vera y yo, mirando el teléfono que yo sujetaba.

—¿Han dicho cuánto tardan? —preguntó al acabar la llamada.

—Están viniendo.

—Vale. ¿Te has hecho daño?

Negué. Notaba una pequeña quemadura en el dorso de la mano, donde me había caído el té, pero la escondí debajo del paño. Paula señaló la puerta, esperando a que la mirase.

—¿Hay alguien dentro?

—No lo sé.

Vera pidió que bajáramos al primero. Allí podía sentarme, beber agua y dejar de alarmar a los vecinos. Paula dijo que esperábamos donde los agentes pudieran encontrarnos. No levantó la voz. Se apoyó en la barandilla y sacó su propio teléfono. Vera nos miró por turnos, como si una de las dos hubiera tomado una decisión en nombre de las demás.

Yo me puse las zapatillas. Me quedaban cortas y sentí el talón frío contra el suelo. Desde allí la cerradura de mi puerta parecía una pieza cualquiera, una de las que dibujaba ampliadas hasta que perdían su utilidad. Había pagado para cambiarla al mudarme.

Luego le había dado una copia a Vera porque el contrato lo pedía y porque necesitaba el piso. La copia seguía existiendo aunque yo no la viera.

Tomás abrió arriba. Primero oí sus llaves, luego el roce del pasamanos bajo su mano. Se asomó con un forro polar y una bolsa de basura pequeña, como si hubiera aprovechado el desvelo para hacer algo útil. Vera empezó a explicarle lo ocurrido antes de que terminara de bajar.

—Un momento —dijo Paula—. Que Lucía lo cuente cuando llegue la policía.

Él se detuvo en el tercer rellano. No preguntó por la imagen desde lejos. Miró mi puerta y después el teléfono que yo tenía entre las manos.

Debajo sonó el portal. Un vecino había salido a abrir, o alguien llegaba de la calle. Me levanté demasiado deprisa y Paula me sujetó por el codo. Se oyeron pasos que subían, otros que bajaban. Me aparté del recorrido de la escalera y dejé sitio a quienes venían.

LA HISTORIA CONTINÚA

La foto solo es el comienzo.

Nerea lleva seis semanas desaparecida. Su número acaba de enviar una imagen tomada dentro de la cocina de Lucía.

Continúa la investigación en Anoche, en el grupo, de Aleix Nájera. Novela independiente de suspense psicológico ambientada en Madrid.

Esta muestra reproduce íntegramente el capítulo 1; la composición se ha adaptado para facilitar la lectura. No sustituye el diseño de la edición impresa ni el texto ajustable de Kindle.

Ver la edición en Amazon.es